

Beato Dom Columba Marmion

La Persona de Cristo

Cristo siempre mora *in sinu Patris*; su divinidad, es el primer objeto de nuestra contemplación.

¿Qué consecuencias prácticas se deducen de esta doctrina?

Si el Padre Eterno tiene decretado que seamos sus hijos, pero mediante su propio Hijo; si no hemos de tener parte en la herencia de su bienaventuranza sino por mediación del mismo, claro se ve la imposibilidad de realizar el plan que Dios tiene sobre nosotros, ni, por consiguiente, asegurar nuestra salvación, si no es permaneciendo unidos con el Hijo, con el Verbo. No olvidemos nunca que no hay otro camino para llegarnos al Padre. Nadie puede gloriarse de venir al Padre sino por mí que soy su Hijo. Y ¿qué otra cosa es llegar al Padre sino realizar la salvación y toda la santidad?

Ahora bien, ¿cómo permaneceremos unidos al Hijo, al Verbo?

Primero, por la fe «En el principio, era el Verbo y el Verbo era Dios; y por Él fueron hechas todas las cosas... vino a este mundo por Él creado, y los suyos no le recibieron, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre y así nacen de Dios».

Presenta al mundo el Padre Eterno a este su Verbo diciendo: «He aquí mi Hijo..., escuchadle». Si y le recibimos por la fe, es decir, si creemos que es el Hijo de Dios, el Verbo nos hará partícipes de lo mejor que tiene, que es la filiación divina, comunicándonos esa su cualidad inalienable de hijo al darnos la gracia de adopción. Nos confiere el derecho de llamar a Dios Padre nuestro.

Toda nuestra perfección consistirá en imitar al Hijo de Dios ; y así como, según san Pablo, «toda paternidad deriva del Padre Eterno», se puede decir también del Hijo que «toda filiación procede también de Él», pues sólo el Hijo, mediante su Espíritu nos enseña el modo de ser hijos.

Debemos recibir al Hijo mismo y acatar siempre en Él, cualquiera que sea el estado en que le contemplemos, al Verbo coeterno del Padre, y recibir sus enseñanzas y doctrina. Él vive siempre en el seno del Padre, y con sus palabras nos revela su naturaleza. La fe es el conocimiento de los divinos misterios, por el Verbo. Sea cual fuere la página del Evangelio que leamos o que la Iglesia nos presente 'en el curso de la celebración Le los misterios de su Esposo, pensemos que sus palabras son palabras del Verbo, de aquel que expresa los pensamientos, los deseos, los querer de nuestro Padre celestial. Cantemos Amen a todo cuanto oigamos del verbo, siempre que la iglesia lo proponga a nuestra te en su liturgia sacarlo: no de alguna página del Evangelio. Digamos entonces a Dios: « Oh, Padre!, no os conozco, puesto

que nunca os he visto ; pero acepto tono cuanto vuestro Hijo, tono cuanto vuestro Verbo, me revela acerca de Vos». Excelente oración será esta, y más de una vez, si va acompañada de fe y humildad, hará «descender de lo alto un rayo de luz», que irradiando de los textos que leemos, y penetrando en su hondura, nos descubrirá principios de vida. Porque el Verbo no es solamente la expresión de las perfecciones de su Padre, sino también de todas sus voluntades; y todo cuanto el Verbo nos ordena, ora en el Evangelio, ora por su Iglesia, será la expresión de los adorables querer y de los deseos de nuestro Padre celestial. Si cumplimos por amor los preceptos que Jesús nos da, permaneceremos unidos con Él, y, por tanto, también con el Padre. Ahí tenéis toda la fórmula y secreto de la santidad: adherirse al Verbo, a su doctrina, a sus preceptos, y, por Él, al Padre que le envía y le comunica las palabras que nosotros hemos de recibir.

Finalmente, permanezcamos unidos al Verbo sobre todo por medio de la Eucaristía, que es sacramento de unión, el pan de vida, «el pan de los hijos». Bajo las especies está real y verdaderamente oculto el Verbo, el que nace desde la eternidad, en el seno de la divinidad. ¡Oh, qué misterio tan alto y tan piadoso! (Saber que Aquel que recibo en la comunión es el Hijo engendrado, desde toda la eternidad, el Hijo muy amado, a quien comunica el Padre su vida, su vida divina, la plenitud de su ser, su dicha infinita! Con razón, pues, decía Nuestro Señor: «El Padre me ha dado la vida; así como yo vivo por el Padre, así quien me come, también vivirá por mí. Él permanece en Mí y Yo en él»).

Si preguntamos a Nuestro Señor cómo podremos agradar más a su corazón sagrado, seguramente nos dirá que, ante todas las cosas, (seamos como Él verdaderos hijos de .) Si queremos, pues, arle gusto, recibámosle todos los días en la comunión y digámosle : « ¡Oh Jesús, tú eres el Hijo de Dios, imagen acabada del Padre; Tú conoces a nuestro Padre y estás fundido en uno con Él; Tú ves su rostro; aumenta en mí, la gracia de adopción que me hace hijo de Dios enséñame a ser, por tu gracia y por mis virtudes, como Tú, y, contigo, digno del Padre celestial! »

Es cierto que si le pedimos con fe esta gracia, Él nos la concederá, pues muchas veces nos tiene dicho que «el Hijo no quiere sino lo que quiere el Padre»; y como no tiene otras miras que las del Padre, he ahí que, al darse, lo hace con el fin de establecer, conservar y acrecentar en nosotros la gracia de adopción. Toda su vida divina personal consiste en estar siempre ad Patrem, a disposición del Padre; y, al darse a nosotros, se da tal como está, esto es, «orientado» hacia su Padre y para su gloria. De ahí que cuando le recibimos con fe, confianza y amor, nos oriente también hacia el Padre.

Eso debemos pedir y buscar continuamente, de modo que todos nuestros pensamientos, aspiraciones y deseos, toda nuestra actividad tengan por blanco a nuestro Padre celestial, y que a Él vayan enderezados en la persona de su Hijo Jesús, por la gracia de filiación y el amor.

cfr. (Dom Columba Marmion, *Jesucristo en sus misterios*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1948, p. 49-52)

